

clamado jefe de las fuerzas que se unieron á la sección del Norte, ó sea de Nuevo-León, Coahuila y Tamaulipas. Aquella pléyade de hombres nuevos, con táctica engendrada por la intrepidez, y desarrollada por la celeridad y el denuedo, era una legítima esperanza para alcanzar la victoria de la causa, que el incommovible Juárez sostenía aferrado en Vera-cruz. Zuazúa llegaba al apogeo de su gloria.



VI

PERSONAL DEL CORONEL ZUAZÚA.—SU ASCENSO A GENERAL EFECTIVO.—BATALLA DE AHUALULCO.—EXPEDICIÓN POR EL INTERIOR.—DESACIERTOS DEL SR. VIDAURRI.—MOVIMIENTO LOCAL.—MUERTE DEL GENERAL ZUAZÚA.

*
* *

Cuando se escribe sobre los hechos culminantes de la vida de un hombre, tiénese un sentimiento especial, singularmente tierno al estampar las últimas líneas. Y es que con la referencia de esos mismos hechos, parece como que se ha adquirido afectuosa familiaridad, trato íntimo, que tiene que cesar al po-

ner fin á la obra. Hay algo entonces del *Adios* eterno á un amigo.

Los lectores habrán percibido cuánta simpatía engendra un caudillo como el Sr. Zuazúa, que sin haber tenido una educación militar técnica, propiamente dicha, organizaba, empero, legiones aguerridas, á quienes movían su actividad, su intrepidez, alcanzando el triunfo siempre, tras la ejecución de combinaciones de su perspicaz talento, si es que no cabe la palabra genio, por no haber aparecido en un teatro mayor. El llevó á los campos de batalla una nueva táctica con los rifles de á caballo, que á la celeridad de sus movimientos, unían la cualidad bélica de batirse, en caso ofrecido, pié á tierra. Siempre eran irresistibles: su empuje era el preludio de la victoria.

El Sr. Zuazúa tenía un aspecto marcial. Su estatura era proporcionalmente elevada; su mirada chispeante; su frente espaciosa y un poco echada hácia atrás. La gravedad de su continente; la circunspección y dignidad de sus maneras; el garbo y gentileza con que manejaba el mas brioso corcel; el arrojo con que, en ocasiones oportunas, se precipitaba en lo mas ríscio de la refriega, y, debido al cual, se hizo temible aun hasta de los salvajes; todas esas condiciones, con la firmeza de su carácter, concurrían á que sus compañeros de armas lo respetasen y le guardaran adhesión y fidelidad siempre. La confianza en él era ilimitada. Todos sabían, no sólo que jamás es-

quivaba el peligro, sino que siempre triunfaba. Era uno de los capitanes, que recuerdan la célebre frase del General La Rochejaquelein al arrojarse en lo mas rudo de la pelea: "No quiero ser mas que un húsar, para tener "el placer de batirme."

Ahora que ha pasado ya una treintena de años desde aquella época, en que el Coronel Zuazúa hizo brillar su nombre con la aureola del caudillo de fortuna, al igual de sus aptitudes, se puede interrogar: ¿qué clase de hombre era, cuando á sus órdenes nacieron, por decirlo así, á la vida militar, jefes como Aramberri, Zaragoza, Escobedo, Hinojosa, Blanco, Zayas, Treviño, Martínez y Naranjo, los cuales en la historia nacional tienen, unos, lugares honoríficos, y otros, brillantes páginas de gloria? ¿Quién es éste, humilde hijo de un pueblo, que supo en los combates contra el comanche, hallar los elementos generadores de una nueva táctica? Su ascendiente fué de todos reconocido. Y los que sobreviven de aquellos bravos campeones repiten su nombre con elevado respeto.

*
*
*

La toma de San Luis Potosí trajo para él, para Zaragoza y Aramberri, los nombramien-

tos de Generales. Refiérese que antes había rehusado tan elevado empleo; pero ya con su prestigio adquirido, fué una necesidad aceptarlo, para conservar así su categoría, respecto de quienes habían sido y seguían siendo sus subalternos. Se encontraba en San Luis Potosí, con las fuerzas con que había tomado tan importante plaza, engrosadas con la que allí mismo organizaba, cuando el Sr. Vidaurri llegó á ponerse al frente de las mismas y de las que llevó de refresco de Nuevo-León y Coahuila.

Miramón, entre tanto, reconcentraba sus fuerzas en Celaya, teniendo á su lado á Márquez y Mexia con sus divisiones. En Septiembre tomó la iniciativa sobre el Sr. Vidaurri, quien evacuó á San Luis Potosí, que fué ocupado el 12 por Miramón, yendo aquel á hacerse fuerte en Ahualulco. Allí la reacción consiguió un completo triunfo el 29 del mismo mes de Septiembre.

El Sr. Vidaurri erró al tomar el mando directo, y mucho mas, al nombrar su segundo en jefe al extranjero, Eduardo Enrique Jordán, dejando postergados á Zuazúa y demás jefes fronterizos, cuando con ellos los soldados tenían la costumbre de caminar á la victoria. Era la primera vez que Zuazúa veía triunfante al enemigo, contra quien sus rifles se habían batido. Faltaron en esa batalla el impulso alentador de su espíritu, las inspiradas y oportunas órdenes con que él sabía desencadenar cargas tempestuosas sobre sus

contrarios. Tan desgraciado hecho de armas fué el bautismo de sangre del valiente joven Francisco Naranjo.

*
* *

Todos los jefes fronterizos se volvieron á Monterrey. Pero tal era el espíritu que animaba á todos ellos, que desde luego se comenzó á preparar otra expedición.

En efecto; poco después salió una Brigada á las órdenes del Sr. General Zaragoza, la cual ocupó á Zacatecas, derrotó á los dos hermanos del General Miramón en Rincón de Romos, incorporándose en seguida con la fuerza del Sr. General Degollado y concurriendo á la desastrosa acción de Tacubaya, el 11 de Abril de 1859.

Entre tanto, había salido de Monterrey otra expedición á las órdenes inmediatas del General Zuazúa, quien ocupó á San Luis Potosí, á donde llegó una sección de Tamaulipas á cuyo frente iba el Sr. General Guadalupe Gar-

cía, formándose con esto ya una División, siendo su jefe el mismo Zuazúa, y confiándose por ese motivo el mando de las fuerzas de Nuevo-León, al Coronel Escobedo. De allí se emprendió la marcha sobre Aguascalientes, después á León, donde se hallaba el General constitucionalista D. Jesús González Ortega, incorporándose en esa misma ciudad el General Zaragoza y el Coronel Quiroga, con los restos que les quedaban de la acción de Tacubaya.

A ese respetable número de fuerza, que llegaba como á 5,000 hombres, se dió una organización tal, y tan hábilmente manejada por el General Zuazúa, que los mandos superiores fueron confiados á jefes fronterizos, á pesar de haber allí otros de mayor graduación que ellos. El General González Ortega fué reconocido como el en jefe; de su segundo el mismo General Zuazúa. Zaragoza, Escobedo é Hinojosa recibieron respectivamente los mandos de las fuerzas de infantería, caballería y artillería, siendo tal la confianza en Zuazúa, que él era quien ordenaba el servicio.

En León se ordenó un movimiento sobre Guanajuato, con el único objeto de hacerse de recursos, pues hallándose próximas las fuerzas reaccionarias de Mejía y Wooll, era peligroso trabar una batalla, porque la fuerza liberal, exceptuadas las brigadas de Zacatecas y del Norte, se componía de gente colecticia y no fogueada.

En desarrollo del plan fué destacado el Coronel Escobedo con su sección de caballería sobre Silao, que ocupaba el General Mejía, con instrucciones de atacar á éste, quien, al sentir tal movimiento, se retiró precipitadamente para Irapuato, donde se le incorporó la brigada de Wooll, que á la vez llegaba á esa misma ciudad.

El camino de León á Guanajuato quedó así libre, y rápidamente entonces lo demás de la fuerza constitucionalista marchó sin embarazo al punto objetivo del proyecto. En el barrio de Marfil, goteras de la ciudad de Guanajuato, para seguir desconcertando al enemigo, se simuló un movimiento hácia Michoacán, desprendiendo al efecto al Coronel Hinojosa con la artillería y caballería de Morelia y Guanajuato; la infantería con el General en jefe y General Zaragoza por la Sierra marcharon para San Felipe y el Coronel Escobedo con la caballería del Norte, custodiando trescientos mil pesos, que había recibido en la casa de moneda de dicha ciudad, debería incorporarse en la misma Villa de San Felipe.

Todo fué ejecutado correctamente, y tres días después cada uno de los soldados del Coronel Escobedo entregaba el talego de á mil pesos, que había recibido para su conducción, dándose el caso de que hubo una partida, que por accidente se separó de las filas, y volvió á incorporarse, entregando el dinero que se le

había confiado, ¡Esos eran nuestros soldados de entonces, tan valientes como honrados (1).

De San Felipe, el General González Ortega con las fuerzas de Zacatecas y Aguascalientes marchó sobre la ciudad de Zacatecas, y el General Zuazúa con las de Coahuila, Nuevo-León y Tamaulipas se vino á San Luis Potosí.

Días después llegó á la plaza mencionada últimamente, el Sr. General D. Santos Degollado, Ministro de la Guerra y en jefe de las fuerzas que defendían la Constitución. Aunque el Sr. Vidaurri por su sistema anómalo y extraño en política, había tenido á mal al General Zuazúa, el que se hubiera puesto bajo las órdenes del General González Ortega, el digno General fronterizo, conecedor de la necesidad de que en el ejército liberal hubiera unión y armonía, condiciones indispensables para alcanzar ventajas en el campo de la guerra, tan luego como el Sr. General Degollado llegó á San Luis, se puso á sus órdenes, presentándole á sus com-

[1] En Rincón de Ortega se quedaron á la extrema retaguardia, por estar sus caballos cansados, los sargentos segundos Félix Taméz y Máximo Reyes y los soldados Inés Ramírez, Estanislado Acosta, Tomás Gallardo, Martín y Francisco Siller del Escuadrón de que era Coronel el Sr. Escobedo, Comandante D. Eugenio González y uno de los Capitanes D. Gerónimo Treviño. A las veinte y cuatro horas se incorporaron en San Felipe, entregando los targes, los cuales á veces habían tenido necesidad de cargar sobre sus hombros. El grave Coronel Quiroga, elogiando afectuosamente la conducta de tan fieles soldados, les dijo:

—Muchachos; voy á regalarles unos lazos, en premio á su hombría de bien.

pañeros Zaragoza, Escobedo, Quiroga y Garza Ayala (Aramberri estaba ausente), con especial recomendación. Zuazúa se hallaba quebrantado en su salud, y con licencia del General en jefe se vino á Monterrey.

*
*
*

Aquella conducta del caudillo del Norte, prudente, lógica y azás de extricto acuerdo con la disciplina y las exigencias de las circunstancias, disgustó en alto modo al Gobernador de Nuevo-León. Este, por extraordinario violento ordenó á Zaragoza, Escobedo, Garza Ayala y Quiroga, que en el acto se sustrajeran del mando del Sr. Degollado y contramarchasen para Monterrey.

Sorpresa causaron tan inesperadas órdenes á los jefes á quienes se dirigían. Al momento de recibirlas Zaragoza, Escobedo y Garza Ayala (pues Quiroga estaba situado en la Hacienda de Gallinas), vinieron á San Luis Potosí á conferenciar francamente con el Sr. General Degollado sobre el particular. Se acordó escribir al Sr. Vidaurri el mismo Sr.

Degollado y los Sres. Zaragoza y Garza Ayala, y á la vez que viniese en comisión el Sr. Coronel Escobedo para ampear verbalmente las razones que se le exponían, sobre la alta conveniencia de que las fuerzas de la Frontera no abandonaran el teatro de la guerra, en que habían adquirido tan gran renombre, y menos en aquellos momentos, que se tenían al frente las divisiones de los Generales Mejía y Wooll.

El Coronel Escobedo prontamente llegó á esta capital.

Al presentarse en el Palacio de Gobierno al Sr. Vidaurri, éste, aun antes del saludo de cortesía, le preguntó donde había quedado la fuerza.

—No viene, le contestó el Sr. Coronel Escobedo.

En aquel acto fueron tales el enojo y soberbia del Sr. Vidaurri, el cual, al ser contrariado, era muy propenso á la ira, que sin miramiento ninguno lanzó ágrias é inconvenientes palabras á su interlocutor. Y por haber el Sr. Escobedo contestado con entereza, teniendo hasta que llevar la mano á la pistola para imponerle, fué mandado poner detenido bajo el pretexto de que había desconsiderado al superior. El lugar de su detención fué el Salón del Congreso.

El General Zuazúa, procedente de Lampazos, llegó en aquellos días á Monterrey, y altamente indignado con el proceder del Gobernador, le hizo ver la inconsecuencia para

con el respetable comisionado, pues lo era á la vez, que de sus compañeros, dignos como él de toda consideración, del Sr. General Ministro de la Guerra. El Sr. Vidaurri dió una amistosa satisfacción al Sr. Coronel Escobedo; mas éste desde entonces rompió toda liga para con él. Desde aquel momento el mismo Sr. Vidaurri había cavado honda divisoria entre él y los ameritadísimos Aramberri, Zaragoza y Escobedo, sin poder Zuazúa hacerlo desistir de su torcida y avieza conducta. Vidaurri entonces escribió á los jefes subalternos de las fuerzas del Norte, para que contramarchasen con sus respectivos cuerpos. Y creyendo que Quiroga lo había desobedecido, pues no le contestó la orden de que ya hemos hablado, mandó encausarlo.

*
* *

Lo que acabamos de referir, lo mismo que muchos de los pormenores sobre movimientos militares, así como los de carácter privado, lo debemos, como lo hemos dicho en el

prólogo, á informes del Sr. General Escobedo, uno de los actores en aquellos sucesos. No pudimos haber ocurrido á mejor fuente en busca de la verdad histórica. Y cumple á nuestro deber, hoy que retocamos la Biografía del General Zuazúa, retirar el cargo que le resultaba, de haber desobedecido al Sr. Degollado, al presentarse éste en San Luis Potosí. Y sería incompleta nuestra rectificación, si no consignáramos que nuestro biografado no es acreedor de ningún modo á las graves inculpaciones, que envuelve el siguiente párrafo de la obra de *México á Travez de los Siglos*, que fué nuestro guía, cuando por primera vez escribimos respecto de estos hechos.

Hé aquí dicho párrafo:

“Disgustado con esto (1) el jefe fronterizo (Zuazúa) hizo retroceder las fuerzas de Nuevo-León hasta la Hacienda de Bocas, dejando descubierta la línea del Sur de San Luis y dando lugar á que los reaccionarios de Guanajuato invadieron el Cuartel General situado en aquella plaza. En vista de semejante maniobra, Degollado hizo avanzar un cuerpo de caballería y otro de infantería, ambos de San Luis, hasta la Villa de San Felipe, y previno á la División del Norte, nombre que llevaban las fuerzas de Nuevo-León y Coahuila, que volvieran al Cuartel General. Este movimiento determinó la pronta retirada del enemigo, de Guanajuato.

(1) El haberse segregado las fuerzas, que habían estado unidas con las de la Frontera.

“to. Ahora, cual fuese la disposición de ánimo en que se hallaba Zuazúa respecto de Degollado, lo indica suficientemente el hecho de no permitir que se llamase por “extraordinario á la División del Norte, sino que obtuvo permiso del segundo para ir personalmente á Bocas, bajo el pretexto de persuadir á los jefes y oficiales de la necesidad de obedecer; pero una vez allí convocó una Junta de guerra y les pintó con los mas negros colores los peligros de la situación y las necesidades á que iban á verse reducidos si volvían á la campaña del interior. Después de esto puso á discusión la orden de Degollado y exigió votación nominal; pero el General Zaragoza y demás jefes y oficiales, que concurrieron á la Junta, comprendiendo el riesgo que corría San Luis, y por consiguiente, el Estado de su procedencia, votaron por la afirmativa y concurrieron al llamado del General en Jefe.”

Queda dicho que, al llegar el Sr. General Degollado á San Luis Potosí, el General Zuazúa se puso bajo sus órdenes con la fuerza de su mando, y que se vino á Monterrey por motivo de enfermedad con licencia de aquel jefe. El Sr. Degollado, de aquella misma plaza, donde estaba el Cuartel general, movió las fuerzas de la División del Norte, destacando al Coronel Quiroga con su cuerpo á la Hacienda de Gallinas, camino de Guadalajara; al Coronel Escobedo con la fuerza de caballería de Nuevo-León y Coahuila al Jaral, y

la infantería y artillería, á las órdenes del General Zaragoza y Teniente Coronel Garza Ayala, al Valle de San Francisco y Hacienda de Gugorrón. Precisamente de aquellos puntos vinieron los tres últimos jefes á San Luis Potosí, á presentar al Sr. General Degollado las órdenes que habían recibido del Sr. Vidaurri, sobre contramarchar para la Frontera, trayendo ellos cerrada la comunicación dirigida por éste al Coronel Quiroga.

Después de logrado el objeto que se indica en el párrafo que dejamos transcrito, los jefes subalternos de las fuerzas de Nuevo-León, temiendo las iras del Sr. Vidaurri, pues no tenían la entereza de los jefes mencionados, se vinieron con sus soldados, como lo hicieron los Coroneles Santa Fé y Pérez con los escuadrones de Bustamante y de Lampazos. El General Guadalupe García con la fuerza de Tamaulipas se dirigió á Tula.

*
* * *

Y no paró aquí el desacierto del Sr. Vidaurri. Una vez en la pendiente de la desobediencia, siguió pertinaz en la oposición al Sr.

General Degollado, no sólo pidiéndole al Coronel Quiroga para juzgarlo (por creer que lo había desobedecido, por no haber contestado la orden de contramarcha), cuyo derecho le negaba aquel, sino expidiendo el subversivo decreto de 5 de Septiembre (1859), llamando á las fuerzas de Nuevo-León y Coahuila, y autorizando así á los soldados á la desertión. El General Degollado calificó de acto de sublevación aquel Decreto, y el 11 del mismo Septiembre nombró al General Aramberri de jefe de las fuerzas de Nuevo-León y Coahuila, encargándolo del mando político de ambos Estados, y mandó sin fuerza para Monterrey al General Zaragoza para contrariar á Vidaurri. Entonces éste expidió el día 18 un Decreto que contenía los cinco artículos siguientes, precedidos de la extraña consideración de que las fuerzas de Nuevo-León y Coahuila eran auxiliares solamente del Ejército Federal:

“Art. 1.º Si el General en jefe del Ejército Federal, D. Santos Degollado, pisase el territorio del Estado, con objeto de llevar al cabo las medidas ilegales, arbitrarias y atentatorias á su dignidad y soberanía, que contiene el Decreto que ha expedido en 11 del actual, se declara por este sólo hecho fuera de la ley, reputándolo como enemigo de la paz pública.”

“Art. 2.º Cualquiera persona que promueva pronunciamientos ó motines armados, ó de cualquiera otro modo diere causa á que se altere la